

Versaciones de un chupaplumas

Mantenerse sin tener que recurrir

[1]



a su madre, la de ella, viuda para entonces del pederasta y heredera de la no pequeña fortuna que dejase al morir un tío paterno al que ella, la madre, no había conocido jamás porque se había marchado a Sudamérica cuando ella era apenas una niña; y allí se había casado y tenido hijos que, desafortunadamente, habían fallecido todos, junto con la esposa, en un terremoto y por eso el tío al morir se lo dejó todo en el testamento a la sobrina que, sí, tenía



más hermanos, pero no eran sobrinos del emigrado porque éste y la madre eran hijos, a su vez, de diferentes madres, y por eso ella, la de la fisioterapeuta, se convirtió en la heredera universal de todos los bienes de “el brasileño” que es como le llamaban en la familia cuando alguna vez lo nombraban aunque donde en realidad se había asentado era en Guyana y allí, nunca supo la familia cómo conseguiría el dinero porque se había embarcado de polizón con lo puesto en un trasatlántico que zarpó una mañana de primavera rumbo a Argentina, había comprado una mina de bauxita que al ser materia prima y muy esencial, como todo el mundo sabe, en la industria del aluminio lo había hecho rico a causa de lo muy demandado que, aparte de para la fabricación de persianas y de aviones, llegó dicho elemento a ser cuando se abandonó la costumbre, tan nociva, de envolver los bocadillos en papel de periódico pero, sobre todo, con la aparición del tetrabrik.

Finⁱ

ⁱ Aquí termina la introducción a la obra titulada Versaciones de un chupaplumas, y se pasa, sin más dilación, a lo que promete ser el [capítulo primero](#) de las ya susodichas mencionadas Versaciones de un chupaplumas.